

SI EDUCÁRAMOS EL CORAZÓN

Hace ya varios días que estoy pensando en la necesidad de concentrarnos en educar el corazón. En educar las emociones, en educar los sentimientos. Pareciera que en los últimos años hubiéramos destinado nuestra energías a educar el cerebro, a educar las ideas, a educar los pensamientos, y creo que valdría la pena intentar educarlo todo junto, incluso quizá con más fuerza el corazón.

En general no hablamos con admiración de alguien que nos parece bondadoso y compasivo, quizá hablamos con cariño y hasta con ternura, pero admiramos a los eficientes, a los que producen resultados visibles y rápidos, a los que hacen las cosas bien, y no es que yo no los aprecie, ni más faltaba semejante idea, es que me parece que vale la pena redefinir el orden de la lista de lo que debemos educar, principalmente en nosotros mismos, volver a esos momentos que hicieron marcas en nuestras maneras de ser y de comportarnos. Muchas de mis marcas vienen de las casas de mis abuelas, casa donde respire bondades, cariños incondicionales, cazuelas de generosidad, chimeneas de ratos agradables, respire una fuerza afectiva que me sostiene siempre y me sonríe desde el pasado.

Cuando yo era niña y conversaba con mis abuelas, ambas, cada una en su estilo, me contaban de su infancia, de sus juegos, de sus parientes, de sus vacaciones y siempre salían a flote historias sobre mujeres buenas que las habían cuidado o les habían enseñado algo que recordaban con gusto, incluso sobre mujeres que aun convivían con nosotros y que rebosaban de dulzura y cuidado. Es sobre estas mujeres que quiero detenerme a pensar, sobre estas personas buenas, generosas y sabias de manera muy suficiente en las cosas importantes, en las cosas definitivas para vivir; yo pesando en esto supongo una mujer adulta, de moño recogido, sonriente y discreta, prudente y servicial, una persona capaz de escuchar y callar, de ayudar de manera atenta y cuidadosa. Una linda persona de esas que hoy llamamos "empáticas y asertivas con amplia capacidad de escucha". Me imagino una buena persona,

capaz de querer y de ser querida, y me gustaría que vinieran a enseñarnos cómo es eso de ser bueno siempre, cómo se educa la compasión, cómo se educa la generosidad, cómo se enseña a ser buena compañía en el silencio y en la cordialidad. Mirando este pasado mío de tardes tranquilas acompañando a mis abuelas y oyendo radio o viendo una novela, pensé que quizá este mundo veloz y colorido en el que clasificamos a las personas entre ganadores y perdedores, podría recoger un poco de gratas informalidades para mezclarlas con la claridad mental que hoy tenemos para formar personas competentes, y llenar nuestros entornos de personas buenas y capaces, generosas y hábiles, amorosas y eficaces, siempre respetadas y siempre queridas.

Mis abuelas lo sabían y me lo explicaron sencilla y sabiamente, quizá es una tarea que todas las abuelas hacen; dar claridad sobre lo simple, sobre lo cotidiano, sobre lo sencillo. Me acuerdo ahora de una de las lecciones más bonitas y fuertes que me han dado sobre la bondad, me la dio una religiosa del colegio en el entierro de la Madre Gómez, ella, la "Hermanita", pasó adelante al terminar la Misa y con toda la sencillez y la sinceridad dijo que a la Madre Gómez la había distinguido en su vida una sola cosa: "pasó por la vida repartiendo amor". Que más quisiéramos que ser capaces de hacer lo mismo; pero para repartir amor es importante que trabajemos en educar nuestros corazones, todos los corazones.

María José Zuleta

FIESTA DE SANTA MAGDALENA SOFIA BARAT

Misa a las 12:00 m.
El Miércoles 25 de Mayo de 2011
en la Casa de las Religiosas
Carrera 59 B No. 129-45
Tels. 253 4466 y 253 6588.

*Están cordialmente invitados
a la Misa y un refrigerio*